

MAS DEBERES

SIN DERECHOS.

PRECIO

un mes.. 112rs.
tres meses... 4
un año..... 15
en Madrid... 3
provincias... 4



NO MAS DERECHOS

SIN DEBERES.

La Redaccion y (Ad-
ministracion, Limon,
núm. 7, 2.º

La correspondencia
á la Administracion y
á nombre de Manuel
Muñoz.

NOTA. Las socieda-
des obreras adheridas ó
no á la Internacional y
que lo reclamen, tienen
derecho á una suscri-
cion gratis.

EL CONDENADO.

PERIÓDICO SOCIALISTA.

ADVERTENCIA

NUESTROS CORRESPONSALES DE PROVINCIAS.

Os rogamos de todas veras, si en algo
malais la vida de EL CONDENADO, que os
vais remitirnos á la mayor brevedad el
aporte de los paquetes que teneis recibi-
dos, pues vuestra demora nos perjudica en
estrecho.

Recordad que no somos *burgueses*. y
que cada número que damos á luz supone
un sacrificio enorme, que nosotros, pobres
trabajadores, si nos abandonais y des-
tendeis el cumplimiento de vuestro deber,
legara un dia, en que no podamos reali-
zarlo.

Mirad que si no cumplis con EL CON-
DENADO os va á arder el pelo! en sentido
figurado se entiende.

Lo que no es en sentido figurado es que
como no pagueis..... no cobramos: con-
tinúa á pagar tocan.

Los obreros vamos comprendiendo ya por
qué camino se va á las verdaderas reformas, á
la revolucion verdadera, como lo prueba la
hoja que el primer dia de elecciones circuló
por Madrid, y que tenemos el gusto de repro-
ducir á continuacion.

Dice así:
A LOS TRABAJADORES EXPLOTADOS.

Compañeros:
A vosotros nos dirigimos hoy, y solo á
vosotros.

Se va á poner de nuevo en escena, en toda
la region española, la comedia, original de
nuestros explotadores, titulada, ELECCIONES DE

DIPUTADOS: esta vez, debido á la circunstancia
de haber sido corregida y aumentada por sus
autores, la citada comedia promete abundar en
episodios trágicos por lo sangrientos, pues
morirán muchos comparsas en escena.

Los autores y los encargados de los prime-
ros papeles, animados por nuestra simpatía,
que nos arrastra á tomar por lo serio el papel
de pueblo soberano, precisamente en el mo-
mento en que con la mayor docilidad enterra-
mos con el voto nuestra soberanía en las ur-
nas, esperan que no rechazaremos con indig-
nacion esta vez el papel de ridículos comparsas
que nos reservan; por lo que ya confían tener
asegurados los inmensos productos que esta
funcion, como las otras, les producirá mas la
diversion que se prometen con nuestras inocen-
tadas, que nos arrastran á comprometerlo todo,
hasta la vida, porque en lugar de ser Juan sea
Pedro el que nos engañe, nos robe y nos es-
clavice.

No hace mucho que, llenos de ilusiones,
votaron los trabajadores diputados de toda su
confianza. ¿Y qué ha sucedido? ¿Trabajais me-
nos horas, ganais mas jornal por eso? Contes-
tad vosotros, trabajadores; contestad, así seais
republicanos ó carlistas.

Menos hace aun, que fuisteis á las urnas y
sacasteis vuestros ayuntamientos republicanos
¿Os acordais para qué los queriais? Pues si lo
recordais, sabed tambien que Granada tiene
un clima delicioso, y que toda España está
bajo un cielo tan hermoso como el de Granada.

No ignorais, como no lo ignora nadie, que
habrá mas que palabras para los buenos; mas
que pan para los malos; pero en cambio, ¿no
es verdad tambien que confiais en que si ven-
cen las oposiciones, el gobierno se retirará y
les entregará el poder sin poner siquiera mala
cara?

¿No es verdad tambien que no habeis pen-
sado seriamente en que si contra el actual go-
bierno se han coaligado todos los partidos que
quieren serlo, cuando de vosotros y de vuestra
cuestion se trate, cuando pidamos que aquel

que quiera comer trabajo, se unirán entonces
los partidos todos con el gobierno, y el go-
bierno con todos los partidos contra nosotros?

¿Nada de esto habeis pensado? Si es así, id,
id á las urnas, pero sabed antes que sois dig-
nos de la suerte que sufrís. No teneis, no, nin-
gun derecho á quejaros de los que os gobiernan
ó de los que os engañan.

Nosotros tenemos tranquila la conciencia,
porque hoy, como ayer, gritamos sin miedo á
la calumnia,

TRABAJADORES:

¡NO VAYAMOS A LAS URNAS!

DIALOGO DE MODA.

—Le digo á V. que esto se va.

—Bien, hombre, me alegro.

—Es que V. como no está conforme con
nada...

—Yo estoy conforme con lo bueno.

—Pero como lo bueno es tan solo lo que V.
quiere!

—Eso dice V.

—Desengañese V., los internacionales piden
Vds. mucho, y... todo se andará: lo primero
es que esto se vaya... luego...

—¿Qué sucederá luego?

—Hombre, sucederá... sucederá lo que
deba suceder.

—¿Y qué es lo que deberá suceder?

—Pues... lo que... mire V.; lo principal es
que esto se vaya, que lo demás ya lo arregla-
remos nosotros; seamos los amos, y despues...

—¡Ya verá V.! ¡Ya verá V.!

—Pero V. no tiene formado juicio de lo que
conviene que suceda á esto?

—Sí señor.

—¿Y qué es?

—Pues, la República.

—¿La unitaria ó la federal?

—¡Caramba, qué machacon! La que se
pueda.

—¿De modo que V. marcha al acaso...?

—Hombre, al acaso no; pero... V. sabe que no siempre se puede lo que se quiere... que se vaya esto... que...

—Permítame V. le recuerde que destruir no es derribar; ó mas claro, que un motin no es una revolucion.

—No se puede con Vds. Con su actitud y con su intransigencia todo lo trastornan.

—Es muy posible que así suceda. Pero nuestros propósitos son honrados, y...

—Calle V., calle V., que nos tienen Vds. fritos con su honradez. Si ya sabemos que como no se haga lo que Vds. quieran, no podremos contar con Vds.

—Empiezo por decir á V. que con los internacionales no pueden contar ni aun los internacionales, porque su organizacion *anárquica* no permite la explotación, ni aun de sus individuales sentimientos. Los internacionales se han creado una sociedad, en la que viven y para la que viven; y todo lo que no se oponga á los Estatutos generales de la Asociación, y conduzca mas rápidamente al triunfo de la emancipacion económica y social de los trabajadores, podrá ser secundado por ellos; pero lo que no conduzca á esto es perder el tiempo inútilmente en proponérselo.

—Pero hombre, la revolucion...

—¡Bonita palabra!

—No diga V. eso; porque yo dudo sea V. amigo de la revolucion. ¡Cuándo sino es por ella...!

—Pero, ¿qué entiende V. por revolucion?

—Hombre, no me desespere V. Cuando se arme la que está encima, y ande cada zambombazo por esas calles que tiemble la tierra, entonces le diré á V. lo que es revolucion.

—Vamos, sí; V. entiende por revolucion las sublevaciones y los tiros...

—¿Pues con qué se hacen las revoluciones?

—Las revoluciones se hacen con ideas y con fusiles; pero con fusiles solos no se hacen sino motines.

—Hombre, vaya V. al diantre; que sino le conociera de tan largo tiempo, habia de creer que era sagastuno, disfrazado de internacional.

—Le agradezco á V. la buena opinion que le merezco; pero yo no puedo, sin mentir, ocultarle lo que pienso.

—¿Y qué piensa V.?

—Pienso que esto se va.

—¡Cómo yo!

—Y que se va pronto.

—¡Lo que digo yo!

—Pero temo mucho no salgamos de Málaga y entremos en Malagon. ¿Me entiende V.?

—Vaya si le entiendo á V. Pero no tenga V. cuidado, ahora no sucederá lo que otras veces... ¡Tenemos ya mucha esperiencia!

—Se conoce poco, puesto que no sabe V. mas que en el año 68.

—¡Si entonces no hubiera habido Judas!

—Esos los habrá siempre.

—O no.

—Pues es preciso contar con que los habrá.

—Pero hombre, si ya hasta los Judas están desengañados, y...

—Vamos, ¡si V. supiera...!

—No quiero saber mas de lo que sé. Judas hubo el año 68, antes del año 68, y los habrá despues.

—Veo que es V. capaz de descorazonar al hombre mas...

—A V., que tiene poco corazon. Hubo y habrá siempre traidores, y es preciso contar hasta con sus traiciones, para no ser víctimas de estos infames, que abundan mas de lo conveniente; y por esto lamento que V. crea, que las revoluciones se hacen con solo la fuerza bruta.

—Pero la República...

—La República no es bastante, no señor: está sobre el tapete la cuestion social, y es preciso resolverla de grado ó por fuerza; así, pues, temo mucho que alirse esto, den Vds. lugar...

—¡Que se vaya esto...! Que lo demás, como seamos dueños del cotarro, esté V. tranquilo, que lo arreglaremos á gusto de todos.

—De modo que...

—Nada, nada, V. me dará las gracias.

—Ya veremos.

—Le digo á V. que me dará las gracias!

—Pues tendré mucha satisfaccion en ello. Pero no olvide que las revoluciones se hacen con ideas y con fusiles, y que siempre habrá traidores que las esploten.

—No tenga V. cuidado. ¡Que se vaya esto...!

—Su fé es ciega, y fuera inútil continuar esta polémica: pero al cerrarla no puedo menos de hacerle observar que desde 1808 hacemos cada año una revolucion, segun V.; un motin segun yo; y como siempre vamos á estos actos, sin ideas preconcebidas y simplemente á lo que dé de sí *la cosa*; y como están interesados los menos en explotarla, y saben mas, lo consiguen, con grave perjuicio del pueblo, que como no hace sino *mudar de postura*, siente necesidad al poco tiempo de derribar lo existente, porque sus males se han agravado.

¡Cuán distinta no seria su situacion, si al emprender una de sus dolorosas evoluciones supiese por qué y para qué la emprende!

Váyase esto, y váyase en hora mala; pero sepamos lo que va á venir, é investiguemos si nos conducirá á la liquidacion social, fin último, á que debe dirigir sus aspiraciones el pueblo.

LA DEMOCRACIA.

Hemos alcanzado unos tiempos en que las mas absurdas teorías y los pensamientos mas extravagantes hallan fácil acogida entre los desventurados que sueñan con trastornar el benéfico *orden social* existente.

Prueba irrecusable el de la perversidad humana, cuando tan mal corresponden á los solícitos desvelos y cuidados con que eminentes moralistas y economistas, ciencia en mano, establecen el justo y racional equilibrio en que debe vivir toda sociedad bien organizada; nada que aminore su majestuosa importancia de la miseria, nada que rebaje al capital en frente de esta; á cada uno su parte. La armonía: ¿en qué mas se quiere?

Una agregacion de hombres existe, que pretende igualarlos á todos, haciendo que cada uno viva de su trabajo. ¿Se quiere nada mas inmoral, nada que ataque con mayor desfachatez á la armónica constitucion de la sociedad? A esto han conducido la ignorancia de ciertas clases por una parte, y la predicacion de las modernas doctrinas, inspiradas por el espíritu del mal, y que solo sirven de instrumento á la miserable ambicion de ciertos hombres que en nada se paran y á nada respetan.

Las creencias mas sagradas y añejas han sido escarnecidas, y causa vergüenza el decirlo, solemnemente se ha declarado que no existen ya clases ni razas, que los hombres somos iguales. ¡Cómo si con la enunciacion de una barbaridad pudieran destruir un hecho! ¡Insensatos!

¿Hay mas que echar una rápida mirada alrededor, sea cual fuere el sitio donde os encontréis, para negar este falso principio?

En la taberna, en la iglesia, en el teatro, en palacio, en Lavapies, por la calle, en todas

partes se ve distinta y claramente espresada las diversas clases que componen el armónico conjunto que llamamos sociedad, y descollando, sobre todo, bella y atractiva la democracia. ¿Quién podrá, por grande que su talento sea, confundir la elevada clase de la democracia con la burguesía ó la aristocracia?

Por mucho que se diga y quiera, la democracia subsistirá, ó, cuando menos, subsistirá. ¡Acaso no se observa fácilmente la elevada situacion de las bohardillas, habitaciones que prefiere el demócrata, su predileccion por los barrios bajos y estremos, su amor especial las casas que no pueden habitar el aristócrata ni el individuo de la clase media?

Obsérvense tambien las ocupaciones á que se dedican ciertas gentes, y veremos en esta acusada oficialmente la democracia. Véase manera de vestir, y dígame si el venerable aspecto de un barrendero podrá nunca confundirse con el vulgar de un grande de España como no se confunden la elegante *toilette* de una lavandera con el aparato *cursi* de tan mujer que, á pie ó en vehículo pasea por Castellana.

No ya el vestir, el hablar, las maneras, nombres, todo, en una palabra, nos da á entender que existe una clase bien distinta otra en la sociedad.

Preciso es una obcecacion inconcebible ó una mala fé extraordinaria para negarlo.

¡Ah! ¡Cuán bueno seria que estos desgraciados fijaran por un momento su distraida atencion y verian á la democracia por todas partes. Verian que ninguna conexcion existe entre vivienda palaciega y el interior de una morada democrática, sorprendente por su sencillez; que el airoso peon, que impávido se pasea por las andamiadas ó se descrisma al dar un trapiés, en nada se asemeja al abotargado barbero, ni al aristócrata que oculta sus manos bajo pieles inmundas, y pasea su desgracia en un caballo, cuando no la ostenta en un palco de Real, sitio al que nunca acuden los hijos de la democracia.

El Santo Hospital, San Bernardino, el Partido Inclusa, y tantos otros renombrados asilos monumentos de inmarcesible gloria de esta sociedad, no se erigieron ciertamente para los Fernán-Núñez ni los Medinacelis; en ellos alberga lo mas escogido de la clase democrática.

La democracia, como prueba patente de que forma una clase por completo distinta de las demás, tiene sus privilegios, sus trajes, sus costumbres, su lenguaje y sus ocupaciones peculiares. Así es que el millonario no será, por mas que quiera fingirse, un demócrata; ni un cura católico, morirá de ciertas privaciones inherentes, digamos así, á la gente democrática. Nadie como esta es capaz de vivir con lo que come, ni vestirse con la andrajosa elegancia que la cubre.

Las manos de la dama mas rica no podrán nunca parecerse, por prolijo que sea su tocado, á la áspera y rugosa mano de la fregatriz, ó de una vendedora de *Correspondencias*; en vano como por mucha agua de Venus que emplee, no podrá obtener el tinte cobrizo de una teñida perfectamente democrática.

La aristocracia recoge acaso colillas por la calle como practica la democracia?

Convénzanse, pues, los incrédulos, y vean en la sociedad lo que hay: clases que no se confunden en nada.

Esto á despecho de cuantas revoluciones han amargado los corazones de los hombres verdaderamente honrados, y como condenacion práctica de tanto principio falso é inmoral como se viene, por desgracia, predicando en e nosotros.



El hambre, ó sea la sed de goces materiales.

clase, pero una clase, que se... rie, se rie de todas las clases cuya falta lamenta mi vecino.

En las clases conservadoras, como lo indica el plural, hay diferentes matices, diversas categorías y variedad de sexos: hay de todo. Pero rindiendo culto á una preocupación de las que mi vecino supone mas olvidadas, principiaré mi revista por las señoras. Ya verá mi vecino cómo, por haber, hay hasta brujas todavía.

La Excm. señora baronesa de la Papalina, viuda del Excmo. señor don Tiburcio de la Tahona y de Alas, habita en un palacio espléndido y suntuoso del más aristocrático barrio de Madrid. Se educó en las Salesas; pero han pasado ya veinte generaciones de monaguillos, desde que salió, en buen estado de uso, de aquel famoso ex-convento, para caer en los brazos de D. Tiburcio que era en aquel entonces comandante de caballería.

La baronesa tiene un caudal enorme, pero su esposo y ella tuvieron el trabajo para adquirirlo de heredar la fortuna de dos familias poderosas.

Viuda la baronesa, lleva una vida ejemplar. No sale mas que en coche; no visita más que á sus antiguas amigas de la infancia, que se educaron en las Salesas en el temor de Dios; no conserva más relaciones que las de un cura. Y para prueba de que las personas bien educadas y mejor nacidas son la gloria de la humanidad, sepase que si un pobre niño, huérfano desabrigado, que vendiendo fósforos fué atropellado por el coche de su esceleancia, le pagó la cura, le dió veinte reales y le mandó cortar un pantalón de una librea desechada.

La baronesa no permite que se olvide su clase, y despidió no há mucho á la peinadora predilecta por que se permitió apearle el tratamiento cuando la encasquetaba la peluca.

La baronesa de la Papalina lleva siempre

un retrato del *augusto* Alfonsito, y unos pelos de Isabel segunda. Le dan ataques de nervios cuando oye el nombre de Topete, el demagogo, y de Zorrilla el internacional. Ha puesto por nombre, á su perrito *Setiembre*, á su perera *Constitucion*, y al gato Merenguito, como llamaban en las Salesas en 1825, á un monaguillo de aquel tiempo. Y por último, aunque no le ofende oír el nombre de Sagasta, no consiente que lo califiquen de conservador *ieso* nunca! Para la baronesa, hay clases:

Dirá todavía mi vecino rancio que no hay clases, y que se acaba el mundo?

El capítulo de las señoras fuera interminable; sino contentos mis lectores con la baronesa de la Papalina, me exijieran los retratos de la monja, de la enclaustrada, de la devota, de la hermana de la caridad, de la estanquera, de la militar, de la actriz, de la pupilera, y de otras muchas señoras que pertenecen á los partidos conservadores y á las clases *idem*.

Y relataria las mil encantadoras peripecias que en las familias ocurren, el espanto de las conservadoras cuando al calor de la lumbre se refieren las criminales pretensiones de los que aspiran á calentarse al fuego, la sorpresa de los que oyen, santiguándose á la antigua, el nombre terrorífico de la Internacional y el miedo que se apodera de las *cúcas* al primer indicio de revolución. Mujeres hay que han ideado encenderle un cirio á San Petróleo; y que guardan la alcuza siete estados bajo tierra. Una conozco yo que desde los sucesos de París no gasta aceite, y se pone verde cuando vé una luz: y no son pocas las que temen que les incendien la cama por conservadoras, aunque son ellas las primeras víctimas de la viciosa, de la inicua, de la absurda organizacion actual.

Nada diremos de las *clases pasivas*, que son unas verdaderas clases, pero clases conser-

ley, que por tantos siglos ha regido á la humanidad, rige todavía. La miseria por una parte. El capital por otra. Por esto hay clases en la sociedad. París, el año pasado, el petróleo lo demostró gráfica y elocuentemente.

EL MISERABLE.

Las clases conservadoras.

Dice con verdadero pesar un honrado vecino, que yo tengo, que la sociedad se descompone, que el mundo toca á su fin (como la perra de Cuba).

Ya no hay clases, me dice; ya no hay brujas; ya no hay preocupaciones, ya no hay nada.

Y me lo dice, por que piensa que sin brujas, sin duendes, sin preocupaciones y sin claudios, marchamos rápidamente á la disolución.

En vano le hago ver que las brujas son incompatibles con el farol y el chuzo del sereno; en vano le demuestro que á las viejas preocupaciones han reemplazado preocupaciones nuevas; en vano tambien le digo que es una blasfemia su torpe suposicion de que no hay clases cuando existen nada menos que las *clases conservadoras*.

Todo es inútil, aferrado mi testarudo vecino á la idea de que ya no hay nada y que esto acababa pronto, dice y repite que las clases conservadoras, ni son conservadoras ni son brujas.

Voy pues á poner ante el ojo (por que es verdad) de mi apreciable vecino, los tipos mas envejecidos de la conservaduría. Voy á demostrarle que con su único ojo, y sin salir de su vecindad, puede ver por sí mismo á los maderos-conservadores que constituyen toda una

vadoras que viven bajo la tutela del Estado. Ya vé mi honrado vecino cómo hay conservadores hasta de su degradación y su vergüenza: ya vé cuán numerosas son las clases: ya vé que el mundo gira como una bola, aunque parece que ya se han acabado las brujas.

Pero dejémonos de faldas, si hemos de pasar revista á lo mucho bueno y conservador que hay.

No salgamos de la casa en que habitamos mi vecino y yo: mi vecino en el cuarto segundo de la izquierda, y yo en el sotabanco (séptimo) interior.

En el cuarto bajo, tienda, vive un licenciado de presidio. Al pasar no há muchos días con silencio y compostura una manifestación republicana, se metió en su casa diciendo con aire desdenoso: «Todos esos son unos perdidos.»

Otra vez, al tiempo que yo pasaba, observé que leía con atención una hoja de *La Internacional*; pero después de leída la rompió en pedazos, exclamando con pretencioso acento: «Cosas de los Jesuitas y filibusteros; todos son unos: ¡abajo las puertas!»

El inquilino del cuarto bajo, como se vé, es enemigo de los consumos y conservador de la revolución.

Subamos al entresuelo. Habita en él una joven muy bonita, que casi nunca sale. Vive sola, y entretiene sus soledades leyendo, haciéndole caricias á un canario, y regando sus flores.

En las altas horas de la noche la visita su amante, que es un elegante de primera. Cualquiera envidiaría la suerte de este joven, que se vé querido por una muchacha encantadora. Jamás ha presenciado la portera, que es un Argos, ni un solo punto negro, ni la mas ligera indiscreción en la interesante vecina del entresuelo.

Y sin embargo, el amante falta muchas noches, llega á veces borracho, y no se casa porque su clase no se lo permite. Es primo de un marqués, amigo de Frascuelo, y... conservador.

En el principal vive un militar retirado que sirvió en la guerra civil con Diego Leon. Dentro de casa suele ponerse todavía el uniforme de húsar y la coraza. Es un inquilino blindado: no hay quien pueda con él. Debe quince meses de alquiler, y no lo despiden porque es persona decente.

Se ocupa en cobrar el sueldo, tomar el café y el sol, y servir de editor responsable á ciertas publicaciones. Por lo demás, es un belludo sujeto, que parece un oso; no habla jamás de política, y dice que es conservador, porque en los períodos revolucionarios no pagan las pensiones de retiro con regularidad.

Al fin, de caballería.

Hemos llegado al segundo, donde habitan mi vecino el que niega la existencia de las clases, y D. Tiburcio, el chocolatero, como le dicen en la vecindad.

El D. Tiburcio tiene en Chamberí molino de chocolate, y aunque estafa y envenena al público dándole por cacao lo que no es tal cosa, dice que están en peligro los intereses sociales (serán los suyos), y que el desbordamiento de las mas ruines pasiones amenaza concluir con el equilibrio de la sociedad. ¡Admirable equilibrio que le ha permitido robar impunemente á los pobres! Dicho queda que el ciudadano Tiburcio es conservador de su

molino, del equilibrio y hasta de la libertad.

Tercero de la derecha. El inquilino es un hombre de cincuenta años, asmático, flaco y narigón. Fué camarero en la Esmeralda y conserje de un casino, ganó con las propinas dos ó tres mil pesos, y hoy se dedica honradamente á la usura.

Suele dar dinero á los empleados y á las viudas, con retención, y no les exige mas que el cinco mil por ciento. Al que una vez llama á la puerta de su casa, ya no le abandona en el resto de la vida. Las relaciones con mi vecino del tercero, cuando se entablan, no se interrumpen jamás. Es el hombre mas consecuente en sus relaciones que puede imaginarse.

Está suscrito á *La Epoca*, á la que tiene afición desde que fué conserje del casino. Hay reminiscencias conservadoras que no se pueden borrar. Sin embargo, D. Roque, pues así se llama, es también liberal. En punto á libertad calza tantos puntos como cualquiera; lo que le gusta, con lo que no transige, es con la licencia. Ante todo el orden, y al que respire, palo.

En el tercero de la izquierdo vive, y no deja vivir á los demás, el señor casero. Es una persona respetable y digna de consideración, aunque él no tiene ninguna con los que habitamos del tercero para arriba. Con los inquilinos del principal y segundo, está contento y risueño aunque no les cobra casi nunca. Será porque los tiene él abajo.

Que un casero es siempre conservador no hay para qué decirlo. Pero lo es mas que ninguno el mio, porque si tiene que perder no lo ha ganado como algunos solamente con el vil trabajo; su capital, que es de algunos millones, le ha costado trabajo, tiempo, salud, conciencia y dignidad. ¿No ha de ser conservador?

Mi casero fué en la juventud pirata (y es todavía ladrón). Después se estableció en Puerto Rico donde compró una negra; tuvo con ella varios hijos y mas tarde vendió los hijos y la madre en ocho ó nueve mil duros. Con esta base, habilidad y patriotismo, es fácil en América hacer una fortuna.

D. Romualdo el casero no concibe tanta degradación y tanta audacia como se necesita para ser individuo de la Internacional. Por eso es conservador, aunque sagastino.

Habita en el cuarto un caballero que come del Estado, y que espera con ansia la vuelta de la Borbon. ¿Será para que le paguen con mas puntualidad la cesantía? ¿Será para concurrir á los régios besamanos, y para fumar vegueros al calor de la estufa en la oficina? ¿O será para devolver á la real matrona desterrada unos cubiertos que le sacó, por distracción sin duda, cuando era invitado á los bailes de Palacio como subsecretario, ó cosa asi, de Fomento? Solo sabemos que es conservador.

En el quinto habitó largo tiempo una familia indescifrable; cinco hermanos y cinco hermanas; total: diez hijos de un tal Domingo Perez en aquel entonces ya difunto.

Daban reuniones; y los vecinos llamados á la del quinto piso, la tertulia del sopapo.

Uno de los hermanos murió en un desafío, porque quiso conservar su honor: era conservador.

Otro de los hermanos se suicidó por una calumnia que le levantaron en la ruleta donde se había conducido casi siempre con una dignidad... conservadora.

Después de estas desgracias se disolvió la familia, y se mudó al quinto piso un cura con

su ama. El nuevo inquilino se llama Ribero.

El Rdo. P. Riberon no ayuna, pero censura ágríamente á los vecinos todos de la casa los cuales, según él, dan motivo al desarrollo de *La Internacional*.

Como observa el P. Riberon, todos los vecinos son católicos, honrados y conservadores pero ni Dios vá á misa.

¿Si tendrá razón mi vecino cuando sostiene que se vá á acabar el mundo?

TIZONAZOS.

La Política opina por qué se permite la reunión del Congreso de obreros de Zaragoza.

Preguntamos al periódico de los *crepescos*. ¿Los obreros son ó no ciudadanos? Si lo son ¿por qué han de poder reunirse con y sin el permiso que precisamente les otorga dicho periódico?

¿Es acaso la Constitución letra muerta para los pobres, y viva—en aquello que les conviniere—los ricos?

La Revolución Social, órgano oficial de Fernán Garrido, ha empezado una serie de artículos intitulados: *Los obreros y los Jesuitas*, en donde se mite—¡si será liberal!—hacer varias preguntas, si no son tontas, serán... discretas; por esto no nos de refír; pero que prueban, cuando menos poco conocimiento que su redacción tiene de *La Internacional* y de los internacionales.

Aconsejamos al colega que compre los estatutos y reglamentos de nuestra Asociación, que los lea, y que hecho esto, estampe en sus columnas contestación que su conciencia honradamente inspirada le dicte, y á caso se desvanecerán sus dudas, si las tiene.

Después de todo, no deja de gustarnos la manía de Garrido: *Los obreros y los Jesuitas*...

¿Los quería V. de hilo?

Aquel hijo de un carretero manchego, transformado en príncipe de Vergara, ha felicitado á cierto liano el día de sus cumpleaños, y le ha pedido Dios, según dice, que guarde su vida muchos años (la del italiano).

Ignoramos si Dios le habrá contestado, pero esta tierra de los refranes, como los hay para todos los gustos, hay uno que dice que el que calla otorga; que si Dios ha permanecido mudo á la petición del príncipe, este deducirá... pues claro que otorga.

Y si el príncipe piensa así, nosotros pensamos como el príncipe. ¿Hay acaso nada mas sabio que el príncipe?

Las noticias que los periódicos políticos traen de los asuntos electorales, hacen subir el número de muertos y heridos á una cantidad considerable.

Ellos se tienen la culpa: ¿quién les manda españoles, y españoles electores? Si fueran otra quien sabe, ¡de menos nos hizo Dios! puede que vieran algun príncipe que por ellos, por sus meritos, y hasta por sus perritos falderos pidiese Providencia.

En cuanto al príncipe, ¿qué le ha de importar príncipe que acuchillen por esas calles á los peores electores, si no son de su parroquia?

¿Si lo fueran...? ¡pero como no lo son...!

Unos agentes del gobierno arrancan unos cartones convocatorios de las esquinas, y *El Imparcial* queja.

Estos agentes explican su conducta, diciendo: «Lo hicimos por un exceso de celo, que luego nos pesó, é interpretando dichos carteles por los de *La Internacional*».

El Imparcial, en prueba de lo acertado de nombre de pila, dice que no se vuelva á repetir equivocación.

EL CONDENADO bate las palmas de gusto, y exclama: ¡Bien por los defensores de la integridad constitucional! La equivocación es mala, pero el hecho de tratarse, sobre todo, de internacionales, ¡bueno!

Atreverse con los internacionales, pase, ¡pero nosotros! ¡esto es inaudito! nunca se vió tirando mejante!

Y tiene razón *El Imparcial*: vaya si la tiene.

MADRID 1872. En los suplen-
TIMPRENTA DE LA VIUDA E HIJOS DE M. CALVARIO
calle de San Pedro, núm. 16, baja.